

**MAREAS  
DE AÇEITE**





29.º PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

ANGÉLICA YUSTE

MAREAS

DE ACEITE

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por D. Emilio A. Boja Malavé como presidente del jurado, D. Fernando Fabiani Romero como secretario, y como vocales, Dña. Espido Freire, Dña. Mercedes de Pablos, D. Francisco Prior, D. José Vallecillo, D. Francisco Cañadas, D. Gervasio Posadas y D. Miguel Ángel Rodríguez Matellanes. La novela *Mareas de aceite*, de Angélica Yuste Macarós, resultó ganadora del 29.º Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2024

© Angélica Yuste Mascarós, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-941-9

Depósito legal: SE. 1855-2024

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

I.	El velero.....	11
II.	Cenizas al viento.....	29
III.	Pescadores de hombres.....	41
IV.	Cierto olor a podrido .....	55
V.	Arañas.....	67
VI.	Procesión fantasma .....	77
VII.	Otras guerras .....	89
VIII.	El hombre de la playa .....	99
IX.	Bengalas .....	111
X.	Castillos de arena .....	119
XI.	A rey muerto, rey puesto .....	131
XII.	Un bidón sin dueño.....	139
XIII.	Luz en la oscuridad.....	151
XIV.	Chantaje .....	159
XV.	Marea negra .....	169
XVI.	Un dolor de barriga .....	179
XVII.	Buenas y mejores noticias.....	189
XVIII.	Las cartas sobre la mesa.....	197

XIX.	Noche en vela .....	205
XX.	<i>Habemus pactum</i> .....	213
XXI.	Excursión internacional.....	225
XXII.	Los huevos de oro .....	237
XXIII.	Arpones.....	249
XXIV.	Cánticos de sirenas .....	261
XXV.	<i>Insha´Allah</i> .....	271
XXVI.	Detrás del espejo.....	283
EPÍLOGO.....		295

*A Samba, allá donde estés.  
Por haber dejado más huella  
que todas las que quedaban en la arena  
tras tu paso y se llevaba el mar.*



## EL VELERO

**L**OS OJOS AMBARINOS DE MI HERMANO, QUIEN POR entonces contaba seis años, asistían al bailoteo de un par de manos callosas afanadas en moldear, con habilidad y una desvencijada gubia, cierto pedazo de madera. El tocón era oscuro, casi tanto como la piel de su dueño, y por arte de una magia que resumía cientos de cortes y asperas iba cobrando velozmente la esmerada forma de un velero.

La callejuela en que ambos se encontraban, larga por lo estrecha y camuflada entre dos construcciones elevadas cuyas fachadas enfrentaban al puerto, era enclave asiduo de manteros. Procuraba sombra en verano y resguardo de los vientos en invierno, pero su mayor virtud estribaba en el decoro. Alejados del muelle disminuía el riesgo de que las patrullas se sintieran tentadas de hacer ostentación largán-doles, y allí, visibles en lo oculto y esparcidos a ras del suelo, dedicaban las horas a desplegar catálogos para el público más diverso, aferrados a la esperanza de que alguien se interesara al menos por sus obras y hastiados de rezar para

que los miembros se desentumecieran a tiempo de salir corriendo si aun con todo les tocaba echar la manta al hombro y desaparecer.

Y es que aquel era, sencillamente, el rincón que había reservado el mundo para ellos.

Virutas se retorcían y saltaban por doquier. Mi hermano, espectador fortuito apostado frente a uno de tantos tenderetes de tallas y baratijas que salpicaban el adusto enclave, registraba todo el proceso embelesado por igual ante aquella creación naval y el artesano *de color* que le insuflaba vida. Siempre había escuchado referirse a los negros así, y su tierno cerebro estaba configurado para recurrir al término sin caer en lo peyorativo del mismo, pues su madre era alérgica a hablarle del tema a pesar de lo que les gritaban los espejos. Había crecido en un entorno sobreprotegido y libre de comentarios destinados a su apariencia, pero ni aquella indiferencia estudiada ni su corta edad evitaron, sin embargo, que frente a aquel tipo del callejón experimentara cierta conexión encaminada a cuestionarse por vez primera por qué no había casi nadie como ellos en su familia, su edificio, su colegio...

Al advertir la presencia de su jovencísimo admirador, las manos del mantero se detuvieron en el aire y frotaron el polvillo adherido a la superficie de la figura antes de ofrecérsela en un breve ademán. Tal vez buscaba que el niño se encaprichara al sostenerla y sus padres se vieran obligados a comprarla, o puede que se tratara de un simple regalo en busca de las primeras palabras amables de aquel día...

Fuera como fuese, una cosa era orbitar alrededor de un desconocido y otra, bien distinta, establecer contacto directo con aquel morador de las calles que solamente se les parecía en lo físico. Asustado ante la perspectiva inconscien-

te de descubrir lo que acarreaba para otros aquella piel que le abrazaba, mi hermano reculó y salió de allí a la carrera.

\* \* \* \* \*

Vera no se había detenido frente al puesto en su momento y caminaba bastantes metros por delante, ajena a la momentánea ausencia de su hijo. El cabello azabache, alisado a conciencia como venía siendo costumbre en ella desde que tenía uso de razón, enmarcaba sus grandes rasgos, y llevaba un buen rato frunciéndolos en un inevitable ceño que imagino sin tanto surco por aquel tiempo. Con el teléfono pegado a la oreja, omitía cada ofrecimiento de los manteros pasando de largo como quien oye llover, centrada exclusivamente en zanjar cierto asunto que llevaba amargándola las últimas semanas.

—Comprendo —susurraba con impaciencia al aparato, contradiciendo al verbo—, pero entienda usted que mi opinión no ha variado y sigo queriendo renunciar a todo. Inclusive a la legítima...

Había un tema escabroso al que quería dar carpetazo aquel día, pero su interlocutor parecía empeñado en disuadirla y ella tiraba compulsivamente de las mangas del elegante plumífero que la protegía del relente invernal mientras aceleraba el paso, acusando todavía más su entrecejo.

—Oiga, escúcheme bien —advirtió con exasperación—; ya le expliqué a sus compañeros el otro día que no quiero *su* dinero y firmaré donde haga falta... No, no me he vuelto loca. Le repito que no necesito nada *suyo* y me da igual lo que dejara firmado en ese papel, se trata de una cuestión personal... De verdad que no preciso volver a pen-

sármelo... —Y habría seguido negándose si un terremoto de salvajes rizos no le hubiera impedido terminar la frase abrazando repentinamente sus piernas—. ¡Pol!

—¡Mamá, corre, ven! —Mi hermano, exaltado tras la carrera, reclamaba su presencia como adulta capaz de realizar la transacción que tanto le interesaba—. ¡Tienes que verlo!

Vera paró en seco pero mantuvo su atención al auricular.

—Discúlpeme un momento —rogó a su interlocutor. Miró pacientemente a su hijo y resaltó lo obvio—. Pol, mamá está al teléfono; dame un segundo y termino.

—¡Pero ese señor ha hecho un barco como el nuestro! ¡Es clavado al de la foto!

Acostumbrada a las explosiones entusiastas del pequeño, volvió la cabeza unos instantes para fijarse vagamente en los top manta y le dedicó una sonrisa rebotante de desinterés.

—Cariño, vas a ver el verdadero en dos minutos. En séñame ese a la vuelta, anda.

«A la vuelta» daba pie a que no ocurriera jamás, y todos los niños del mundo lo sabían.

—¿Y si entonces ya no está? —la interrogó alarmado, imaginando el puesto vacío y a su juguete perdido para siempre.

—Esos señores *siempre están* y todos venden lo mismo —resolvió ella imperturbable—. Recuerda que hemos venido a cumplir una misión.

Pol se cruzó de brazos, como hacía su padre cuando algo le contrariaba, y Vera retomó con impaciencia la conversación.

—Perdone, ¿sigue ahí...?

Continuó avanzando en dirección opuesta al callejón mientras murmuraba algún que otro asentimiento tapando el oído libre para aplacar los ruidos del puerto y las repetidas quejas de su hijo. Pero mi hermano, con toda la energía de sus seis añitos, insistió atropelladamente para que retornaran sobre sus pasos.

—¡Es que no será igual! ¡Quiero ese, mamá! Anda, porfa...

Y Vera supo, agobiada como estaba por ambos flancos, que había llegado la hora de ir concluyendo la llamada para distraer al crío.

—Eso es —respondió al aparato tras un suspiro, al tiempo que se llevaba el índice a la boca y pedía silencio a su retoño revolviéndole cariñosamente los rizos—; cumpliremos su última voluntad hoy, tal y como él quería, pero eso será todo. Había pensado en una lista genérica de obras benéficas para destinar la mayoría de fondos... Sí, exacto, tendrán mi firma a la vuelta... Muy bien, allí estaré...

Las formalidades clásicas de una despedida arrancaron al tiempo que madre e hijo abandonaban las sombras del callejón, y un muelle rebosante de actividad se desplegó ante sus ojos, dándoles la bienvenida a una mañana fresca y despejada.

El inconfundible aroma a salitre marino inundó sus fosas nasales.

Pol dejó de pensar unos instantes en la figura que codiciaba al divisar las infinitas hileras de barcos a escala real repartidos a izquierdas y a derechas, devorando sus detalles, hasta que un uniforme divertido capturó su atención. La garita de seguridad estaba situada a escasos metros de la

entrada del club náutico, y el encargado de custodiarla, vestido como un abrigado Popeye, comprobaba acreditaciones tras el mostrador acristalado. Entre bostezo y bostezo, rascaba su presumible calva valiéndose de un bolígrafo que paseaba bajo la ridícula gorra blanca, y mi hermano amagó una sonrisa imaginándolo sin tapa.

Apenas tuvieron que guardar cola mientras el pintoresco tipo despachaba a un grupo de extranjeros más madrugadores, pues eran pocos los valientes que se atrevían a navegar por placer durante aquellos meses del año —en su mayoría, turistas abonados a lotes de aventuras o jubilados con el caudal suficiente como para costearse el amarre anual en uno de los puertos más sonados—. Vera mostró en silencio los pases que les garantizaban el acceso al recinto, comprometida como seguía con su interlocutor, pero el vigilante torció el gesto y se tomó su tiempo alternando la vista entre ellos y las acreditaciones.

Pol la miró de reojo sin comprender la desconfianza albergada en los ojos de aquel guardia que tecleaba datos con desgana ni el porqué de un prolongado escrutinio que había ahorrado a los altísimos guiris de delante, pero ella únicamente le sonrió.

Cuando los pases fueron sellados, la mujer apremió al niño para que cruzaran la portezuela metálica dejando tras de sí un escueto «gracias», y ambos se encaminaron hacia la zona de barcos más selecta haciendo crujir los tablones bajo sus suelas. Pasaron por delante de varias embarcaciones de recreo estratégicamente ancladas y el niño miró con lástima hacia la boca del callejón que empequeñecía tras ellos, consciente de que cada paso que daban le alejaba un poco más de su recién descubierto objetivo.

Por el tono de voz, Vera estaba a punto de finiquitar su conversación.

—Estupendo, quedamos así entonces... —resolvió satisfecha—. Eso es, me pasaré en un par de días para rematar el papeleo... Nada, no se preocupe... Sí, muchas gracias... Adiós.

Al verla colgar, mi hermano trató de hacer un último y desesperado intento tirando por enésima vez de su ropa.

—Jo, mamá... ¡Hasta que volvamos pasarán siglos! Yo quería ese...

—¡Pero bueno, ¿todavía sigues igual?! —resopló ella—. Pues habrá que darse prisa hoy, tesoro. Lo primero es lo primero... ¡Y según cómo te portes, así que ya sabes!

Él le puso los ojos en blanco y corrió unos metros por delante con los brazos extendidos e intención de bloquear su avance, como si su risible estatura y aquella pose de mártir fueran a valer de algo frente al voluptuoso cuerpo que le había dado la vida.

—Vale, *a la vuelta*. Prometido, ¿eh?

—Prometido.

El pequeño achicó los ojos, pero aceptó resignarse hasta que regresaran aquella misma tarde y sus pensamientos cambiaron radicalmente de tercio, ansioso por partir.

—¿Mami, cómo es de grande?

—No recuerdo exactamente, en nada lo verás.

—¿Saldremos ahora o después de comer?

—Será en cuanto podamos.

—¿Y crees que ya estará listo?

Encadenaba preguntas a una velocidad vertiginosa mientras aplaudía en el aire.

—Eso espero, don impaciente. A ver qué le han dicho a tu padre.

—¿Es más viejo que esos? —continuó sin desalentarse—. ¿Dónde lo *aparcó* el abuelo?

—Mira, ahí lo tienes —le indicó ella.

Algunos pasos por delante, junto al penúltimo muelle, reposaba un velero de once metros de eslora. Estaba claro que había vivido tiempos mejores por lo ajado de su pintura y el amarillo de sus velas, pero el Racha II todavía conservaba vestigios de su elegancia y se irguió frente a ellos de forma casi majestuosa, meciéndose en un leve saludo.

—¡Guau, es más grande que en la foto! —soltó mi hermano.

Para él todo aquello era nuevo y emocionante.

Al contrario que su hijo, Vera no sonrió.

—Y parece que aún flota...

—¡Papá, ya estamos aquí! —anunció el niño a pleno pulmón, pasando por alto aquel comentario velado.

En cubierta, dos operarios del puerto enfrascados en recoger sus bártulos se giraron al unísono al grito de Pol. El más joven llevaba el pelo oxigenado y saludó a los recién llegados con una sonrisa algo perpleja tras verlos detenidos frente a ellos.

—Vaya... ¿Así que tú eres Pol? ¡Vas a despertar a los peces, chaval! Tu padre está ahí dentro —le indicó, retirando un mechón de su frente y observándole sin tapujos.

Mi hermano brincó a cubierta agradeciendo la información y corrió ruidosamente hacia el interior del barco, entusiasmado ante la perspectiva de ponerse en marcha cuanto antes y ajeno a las miradas de aquellos trabajadores.

—¡No corras así que resbala! —le gritó Vera inútilmente, pues el crío ya había desaparecido escaleras abajo.

Con mucho más cuidado que su hijo, la mujer accedió a la oscilante embarcación dirigiéndose cortésmente a los dos hombres a pesar de que intuía demasiado bien a qué venían aquellas caras de sorpresa.

—Buenos días, soy Vera Gallart. ¿Cómo van por aquí? *Mi marido* debía avisarles de que llegaríamos sobre esta hora —recalcó—. Espero que hayan podido trabajar en este rato, *nuestro hijo* es bastante inquieto y los alrededores no dan para mucho con un niño tan pequeño.

El joven se recompuso y echó su mochila al hombro.

—Buenas, señora. Eh... Sí, nos dijo que estarían dando una vuelta y contábamos con un par de horas solamente. Pero no se apure, que aquí ya hemos terminado.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden —aseguró—. El sistema de navegación se ha conservado bien a pesar del tiempo fondeado. Podrán partir en cuanto nos larguemos.

—Estupendo —respondió aliviada.

Cuanto antes salieran, antes volverían.

—Su marido es afortunado de tenerlo —prosiguió aquel operario acariciando el mástil con envidia—. Ojalá uno como este algún día.

—Su suerte es la de tenerme *a mí* —repuso Vera en un impulso—. El velero es de mi propiedad.

«Y forma parte de una herencia maldita», quiso añadir. Pero se contentó con haberle dejado sin palabras.

—¡Caray! —exclamó sin poder ocultar su sorpresa.

«Otro que tal».

Vera estaba acostumbrada a que la gente la descartara automáticamente como el activo valioso del matrimonio cuando la conocían en persona y constataban su color

de piel. Por muchas joyas que se echara encima a modo de faros reflectores y por más horas que pasara al día planchándose el cabello, siempre había algún energúmeno pensando que su matrimonio era cuando menos exótico y se debía basar puramente en el interés. Sin embargo, los años también la habían situado por encima de cualquier ofensa, así que dedicó a aquel imberbe la sonrisa inmaculada que reservaba para tales situaciones y le volvió la espalda.

El compañero del bocazas, un hombre robusto que parecía estar al mando por la forma en que se conducía, cerró de un tirón la bolsa de herramientas con el logo del club y se unió a la conversación analizándola de arriba abajo al tiempo que lanzaba un prolongado silbido.

—¡Figúrate, Joan, la señora es quien manda! —prorrumpió con acento caldoso. Su ayudante asintió bobaliconamente, todavía descolocado—. Pues descuide, *jefa*. Aunque hay algún que otro amarre más rozado, sustituimos bulones y pasadores. Este amigo es una preciosidad y no dará problemas. ¡Ha repostado como un niño de teta!

Vera enarcó las cejas.

—Me alegra oír que está tan estupendo, no las tenía todas conmigo... —y añadió de improviso—: ¿Les interesaría comprarlo?

La pregunta, formulada como por casualidad, quedó suspendida en el aire unos instantes. Cualquiera habría dicho que era una burla cruel para aquel par de mileuristas, pero los ojos de ella permanecieron serios y dejaron entrever cierto anhelo.

Ambos titubearon, incómodos y asombrados a partes iguales por el ofrecimiento.

—Yo encantado —bromeó el mayor, mesándose la barba—, pero la parienta me tira de casa. ¡Aunque aquí abajo seguro que dormía más feliz!

—¿Y usted? —probó entonces con el joven de los pelos fosforescentes.

—Si el jefe me diera un aumento...

—El jefe no te lo da —zanjó rápidamente el primero.

—Pues nada, ya le ha oído.

El muchacho se encogió de hombros y Vera asintió, decepcionada. Había sido una propuesta correcta formulada a los tipos equivocados, pues sus ganas de deshacerse de la embarcación y todo lo relacionado con su legítimo dueño eran completamente reales y aumentaban a cada segundo que pasaba a bordo.

—Una pena —musitó, dándoles la mano—. En fin, no les entretengo más, que ya estaban recogiendo. Agradecemos la puesta a punto con tan poco margen.

—Nada. A ustedes, señora. ¡Despidáanos de su marido y que tengan una buena travesía!

—¡Pueden dejarnos una reseña positiva en la web!

Ambos saltaron ágilmente del velero al muelle cargados con sus bártulos y se alejaron en pos de un merecido almuerzo.

Pol emergió del camarote momentos después, seguido de un hombre de camisa impoluta, gafas oscuras y bandera de España anclada a la muñeca.

—¿No hay moros en la costa? —preguntó este último con voz liviana.

Se trataba de Miquel, un tipo bien parecido, con sonrisa de anuncio y la melanina tan baja que en verano no había quien le sacara de debajo de la sombrilla. Mi herma-

no era una réplica bastante aproximada a pesar de aquella sangre mixta que le confería diferente graduación de piel, y a Vera le avergonzaba coincidir secretamente con su anti-pática suegra, aunque por motivos bien distintos, en que era todo un alivio que el niño no hubiera heredado únicamente la suya.

—¡Papá dice que puedo conducirlo un rato! —anunció Pol a los cuatro vientos.

Divertido, el aludido negó con la cabeza y besó fugazmente a su mujer.

—Tripularlo —le corrigió—. Y en realidad he dicho que le preguntes a mamá, colega.

Destacaban de Miquel su patriotismo y excelente labia, dos cualidades que le habían llevado por los derroteros de la política en su juventud. En aquel momento vivía relativamente alejado de los focos pero Vera se preguntó por enésima vez, cautivada por su impecable silueta recortada contra las velas, si el haberla escogido a ella de entre todas las mujeres blancas de su vida no habría sido una estrategia de campaña más, motivada por las apariencias.

—Ya veremos, Pol... —murmuró la aludida, enfadada consigo misma por no filtrar aquellos pensamientos y permitirse recelar de un hombre que la miraba como el primer día. Frotándose la barbilla, señaló a su hijo el chaleco salvavidas de talla infantil que descansaba en la cubierta—. Ve poniéndotelo y me lo pienso.

Mi hermano lo enarboló con fastidio, arrugando la nariz.

—¡Huele raro!

—Huele a mar.

—¿Y por qué me toca solo a mí?

—Privilegios de adulto, chaval —intervino su padre riendo.

—Tú también deberías —arremetió Vera, dejando el bolso sobre uno de los dos bancos ensamblados a la cubierta y atusando sin piedad los desgastados cojines de lona náutica para que la decoradora que llevaba dentro quedara satisfecha.

—¿Yo? ¡Si me he deslomado toda la mañana atando cabos con el Bob Esponja ese! —protestó Miquel, refiriéndose con guasa al más joven de los operarios—. ¡Tendrían que darme tu título y dejarme al timón!

—La Copa América te van a dar a ti hoy, cariño —replicó ella al vuelo, divertida con la idea de que se hubiera arremangado para colaborar—. Espero que los hayas dejado trabajar en paz, sé de sobra el peligro tienes...

—Te contaría lo maravillosamente bien que se me ha dado, pero si empiezo me temo que saldremos con bastante retraso —ironizó él.

Vera echó mano a su móvil para consultar la hora.

—Es cierto que vamos justos si queremos luz a la vuelta —masculló—. Y todavía no he contestado la montaña de correos que me envió el procurador hace ya...

Pero el marido atajó sus preocupaciones en un segundo, arrebatándole traicioneramente aquel aparato y sacando el brazo por la borda.

—¡Miquel!

La amenaza implícita de un gesto que prometía dejarlo caer le permitió disfrutar de una expresión de desconcierto casi cómica en el rostro de su mujer.

—Ya puedes ir guardando tu juguete favorito, querida —se jactó esquivando sus saltos—. Recuerda que nada de correos o llamadas en alta mar. ¿Podrás resistirlo?

—Para de hacer el tonto. Tengo que avisar en el despacho de que no pasaré por allí en todo el día antes de que salgamos.

—¿No se hacen ya una idea? —El hombre recibió una mirada culpable por toda respuesta y dejó de balancearlo alegremente—. ¿...Vera?

—Se imaginan que estoy en los juzgados —reveló en un encogimiento—. La verdad, no vi el momento de confesarles que iba a tirarme el día entero con mi familia en un velero a mediados de semana.

—Ni que lo haces por tu padre, presumo.

—Pues tampoco. Lo encuentro un tema privado que he preferido no airear en el bufete. Ya recibí una semana entera de condolencias para que encima hubieran querido sumarse a última hora a este paripé.

Vera volvió a saltar a por su móvil, pero Miquel le dedicó una mirada bonachona en lugar de ceder.

—La gente solo quiere arroparte, cariño.

—Dirás que quieren cotillear. ¿Por qué insistes ahora con esto? —rechinó bajando el tono—. Escogí esta fecha horrible para ahorrarme molestias y en su momento te pareció bien. No estoy cómoda con todo el mundo repitiéndome en bucle lo estupendo y buen samaritano que era.

—Lo sé, pero tu padre tenía bastantes amigos y no sé si fue buena idea excluirlos a ellos también... —La expresión de Vera le aconsejó cambiar radicalmente de tema—. En fin, al menos sacaremos algo positivo de este viaje en su honor: ¡ver cómo te las apañas sin cobertura!

—Muy gracioso.

Miquel captó ese timbre especial que su mujer empleaba cuando no estaba para bromas y bajó *ipso facto* el brazo, arrepentido.

Ella recuperó su teléfono a la velocidad de la luz, pero, a sabiendas de que la pila de trabajo no iba a marcharse a lado alguno ni prescribía con urgencia ningún plazo, resolvió no enviar mensaje al chat del despacho: se le habían quitado las ganas de dar explicaciones. Frotó las huellas dactilares de la pantalla contra su manga e introdujo el aparato en una funda aislante que le colgaba del cuello, recién adquirida del mercado *online* para salvaguardar su integridad durante el viaje. Aunque no era dada a comprar chismes importados, las madres del curso de natación al que estaba suscrito Pol aquel semestre se habían dedicado a recomendarla hasta la saciedad para excursiones acuáticas, y su obsesión por integrarse en todos los grupos la había llevado a clicar rápidamente en el enlace. Le consolaba saber que aunque ella no era un niño, su móvil tampoco era barato, y con el trasto de su hijo a bordo toda ayuda era poca para evitar que el «chupete de los adultos» acabara en el agua.

—Perdóname —susurró Miquel, acercándose lentamente y rodeándola entre sus brazos—. Me gustaría que te animaras y vieras este viaje exprés como una oportunidad para desconectar de todo.

—Salvo que todo gira de nuevo en torno a *él* —replicó ella contra su hombro.

—¿Y no sería mejor imaginarlo como una escapada en familia que pondrá el broche final a vuestros asuntos? Ya pasamos el funeral y todavía sigues tan tensa...

—Normal, mira dónde estamos. Seguro que montó este circo en alta mar adrede, solo para... —Pero la frase perdió fuelle cuando sus ojos detectaron a su hijo in fraganti haciéndose el *ninja* y tratando de esconder el chaleco tras la escalerilla de popa—. ¡Pol, que te vemos!

Mi hermano pateó el suelo, frustrado.

—¡Jolín, si papá no se lo pone...!

—No saldremos de aquí hasta que lo lleves bien abrochado, señorito —le advirtió Vera ocultando una sonrisa—. ¿Dónde han quedado las prisas de antes? Me pareció que querías volver enseguida...

—¡Ah!

El discreto recordatorio hizo su magia y el crío deslizó aquel salvavidas por su cabeza de profusos rizos en un santiamén, pasando a batallar con las sujeciones.

—Ya me dirás el truco —la encomió Miquel por lo bajini, asombrado de que hubiera claudicado sin un pestañeo.

—Tu hijo se ha empeñado en un trasto de los *negritos* de ahí atrás —soltó ella misma sin inmutarse—, pero me ha cogido hablando con el notario y no veas cómo se ha puesto. Le he prometido que a la vuelta se lo compraremos.

—¿Y todo en regla? —se interesó.

—¿Qué? Ah, sí... Tema herencia aclarado.

—Aún podrías cambiar de opinión —dejó caer procurando sonar casual contra su oído.

—Ya te lo he explicado.

—Pero era tu padre, Vera. Lo que te haya dejado...

—No lo quiero.

—¿Solo por esa chorrada de que no lo sientes tuyo?

—Exactamente por esa *chorrada* —replicó irritada, separándose para mirarle.

—Aun así, me parece precipitado —se quejó él—. Al menos podría ser para su único nieto.

—Gracias por la sugerencia, mi amor, pero a nuestro hijo no le falta de nada y no vamos a discutirlo aquí. ¿Qué pasó con el día de relax y desconexión?

Ella sabía que Miquel solo intentaba ser pragmático, pero le molestó que fuera incapaz de comprenderla en aquel asunto y no pensaba abrir de nuevo las llagas de su pasado a fin de lograrlo dando pena. Rehuendo cualquier respuesta que tornara aquella charla en disputa, se alejó varios metros y agarró el enorme timón de popa con ambas manos fingiendo entusiasmo frente a su hijo al imitar el vozarrón cascado de un pirata.

—¿Preparados, grumetes?! ¡Ahora sí que sí: si este cacharro está listo, vámonos ya!

Pol rompió a aplaudir y Miquel le dedicó una mueca, resignado a rescatar el tema de la herencia en el futuro.

—¡Sí, mi capitana! —exclamó el marido con sorna.

—¡Sí, mi capitana! —le imitó el hijo.

Vera puso los ojos en blanco y sonrió a su familia.

—Menudo par estáis hechos... ¿Es que vais a darme el viaje?

